PRÓLOGO

La mano ávida de un editor ha pasado por mi mesa de trabajo y llevándose todos los papeles escritos… y algunos en blanco. O bien un vendaval los arrebató depositándolos luego –milagros de la fuerza– en un montón que parece un libro… Y, sin embargo, nada de esto. En el espíritu de un hombre, y más si este hombre es un escritor, pueden darse juntos (o separados) todos los matices. Y la vida se parece más a un libro así, invertebrado, que a una novela correctamente planeada y escrita.

Yo soy muy dueño de divagar a mi antojo. O mejor, yo no soy muy dueño de no divagar. Y divago. Es decir, escribo sobre esto y aquello lo que buenamente se me ocurre. Lo que no hay es la obligación de leer.

Y sin embargo, mi ingenua sinceridad tiene el interés de mostrar los estados de mi espíritu enfrente de las cosas de la vida y del arte sin la preocupación de hacer una obra literaria.

Tal vez incurro en el pecado de trivialidad vertiendo aquí impresiones sin substancia, o a propósito de cosas banales. Es decir, que tal vez hablo de cosas que no importan, o bien, lo que yo hablo de ellas no tiene importancia. Bueno, pues, con todo, más lógico me parece esto que ponerse *a hacer* un libro.

Decir buenamente lo que se piensa o se siente de las cosas es para ciertos temperamentos una necesidad. Proponerse escribir un tomo me parece, por lo menos, una cosa superflua, una chifladura que puede no ser nociva, y hasta producir en determinados casos una obra de arte, pero que en el fondo no deja de ser una extravagancia.

Me pasa con la *literatura* (en ese sentido) lo mismo que con la oratoria. No dejo de admirar a nuestros elocuentes retóricos; pero no concibo cómo para decir algo sea posible hablar tanto.

Todo esto, no para justificar lo desarticulado y heterogéneo del presente volumen, sino para salir

al paso a los críticos de buena fe que lo encontrarán falto de unidad y de responder a su título…

La guerra literaria cuadra solo llamar a mis conferencias sobre el Modernismo, dadas por cuenta y encargo del Ministerio de Instrucción Pública. Lo demás son cosas que yo he ido viendo, pensando, leyendo… Y las he puesto aquí como las pude poner aparte, porque no creo que con esto ocurra nada grave.

De otra cosa se me tildará. De contradecirme con frecuencia. Y ya de eso no puedo defenderme fácilmente. Pero declaro, en cambio, que no me da pizca de vergüenza de mis contradicciones. De sabios es mudar de consejo, de hombres es equivocarse, de honrados reconocerlo. Además eso de pensar siempre lo mismo me parece contra todo lo natural y de una pobreza de espíritu extremadísima. La consecuencia es una virtud negativa. ¡Siendo tan mudable la vida! Desde niño me hizo reír, en boca de un orador de mitin, aquello de: «Lo dije el año sesenta y lo repito hoy»… Luego no se te ha ocurrido otra cosa de entonces acá.

Además este era un revolucionario, a quien todo lo nuevo le parecía nefando. Y, sobre todo, no concebía más revolución que la suya. Muchos liberalazos y aun republicanos conozco como aquel, que, después de tomarle a Francia las cuatro ideas que tienen en la cabeza no conciben que se traiga ya nada más de allí. Ni los sombreros de señora. Son consecuentes, sin embargo, con las novedades… de hace cincuenta años.

Pero vamos a lo de mis contradicciones, que ahora mismo se me está ocurriendo cómo responder al supuesto cargo. En el fondo yo soy también consecuente con mi carácter…, que es variable. De modo que si no me contradijese estaría en contradicción conmigo mismo. Y ya hay para todos los gustos.

Se me dirá también… ¿Se me dirá?… ¡Galicismo! En efecto –aunque los que suelen hablar de galicismo no suelen saber francés– yo cometo muchos. No me pago de purista, ni comprendo cómo hay quien se entretiene en eso, fuera de la Academia Española, que tiene la obligación, y el gran Mariano de Cávia, que tiene el capricho.